



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 7 de abril de 1993

(Lectura:
evangelio de san Juan, capítulo 26, versículos 26-29)

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Al final de la Cuaresma, la Semana Santa nos introduce inmediatamente en la solemnidad de la Pascua, y se llama *santa* precisamente porque en ella conmemoramos los acontecimientos fundamentales de la religión cristiana: la institución de la Eucaristía, la pasión y muerte en cruz de Jesús, y la resurrección gloriosa del Redentor.

Durante el Triduo pascual se nos invita, por tanto, a reflexionar y a vivir con un fervor más profundo el *misterio central de la salvación*, participando en las solemnes ceremonias litúrgicas que nos ayudan a revivir los últimos días de la vida de Jesús. Para todos los hombres esos días revisten un valor perenne y esencial.

2. El Jueves Santo nos remite a la *institución de la Eucaristía*, don supremo del amor de Dios en su plan de redención. Aquella tarde, durante la cena, Jesús, anticipando místicamente el sacrificio del Calvario, se entregó en sacrificio, bajo las especies del pan y del vino, como Él mismo había anunciado (cf. *Jn 6*) y confió a los Apóstoles y a sus sucesores la misión y el poder de perpetuar su recuerdo repitiendo el mismo rito: *Haced esto en conmemoración mía*.

Escribiendo a los Corintios, hacia el año 53-56, el apóstol Pablo confirmaba a los primeros cristianos en la verdad del *misterio eucarístico*, transmitiéndoles lo que Él mismo había recibido: «El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y

dijo: "Éste es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío". Asimismo también la copa después de cenar diciendo: "Ésta copa es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío"» (1 Co 11, 23-25). Palabras de suma importancia, que nos recuerdan lo que Jesús hizo efectivamente en la última cena y nos manifiestan su intención *sacrificial* mediante la *consagración* del pan y el vino, en sustitución del cordero sacrificial de los judíos, así como su intención expresa de hacer a los Apóstoles y a sus sucesores ministros de la Eucaristía.

El contenido esencial del Jueves Santo es, pues, la Eucaristía como presencia real de Cristo y como sacramento de íntima comunión de amor y salvación; y el sacerdocio como ministerio eucarístico reservado a los Apóstoles y a sus sucesores. Se trata de un *dogma de fe* que, por consiguiente, es preciso aceptar con agradecimiento profundo y perenne. Se trata de un don de Cristo, que se debe apreciar cada vez más en un clima de devoción sincera e intensa.

San Pablo ponía en guardia a los fieles de Corinto: «Quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo del Señor, come y bebe su propio castigo» (1 Co 11, 27-29).

El Jueves, primer día del Triduo pascual, representa también una magnífica ocasión para orar por los sacerdotes, a fin de que estén siempre a la altura de su dignidad, dado que su existencia se halla consagrada totalmente a la Eucaristía.

3. El Viernes Santo reactualizaremos el *misterio doloroso* de la *pasión y muerte en cruz de Jesús*.

Frente al Crucificado adquieren un realismo dramático las palabras que Él mismo pronunció durante la última cena: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mt 26, 28; cf. Mc 14, 24; Lc 22, 20).

Jesús quiso ofrecer su vida en sacrificio para el perdón de los pecados, eligiendo para ello la muerte más cruel y humillante: la crucifixión. San Pedro medita así en su primera carta: «Llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados» (1 P 2, 24). Y san Pablo, en numerosas ocasiones, reafirma que «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras» (1 Co 15, 3); «Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima» (Ef 5, 2); «Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos» (1 Tm 2, 5-6).

Al igual que sucede ante la Eucaristía, también ante la pasión y muerte de Jesús en la cruz el misterio se hace inmenso e insondable para la razón humana. En cuanto verdadero hombre, el Mesías sufrió de manera inefable desde la agonía espiritual en Getsemaní hasta la larga y atroz

agonía en la cruz. El camino hacia el Calvario fue un sufrimiento indescriptible, que desembocó en el suplicio terrible de la crucifixión. ¡Qué gran misterio es la pasión de Cristo: Dios, hecho hombre, sufre por salvar al hombre, cargando con toda la tragedia de la humanidad!

El Viernes Santo, por consiguiente, nos hace pensar en la sucesión continua de pruebas de la historia, en las vicisitudes humanas, marcadas por la lucha perenne entre el bien y el mal. La cruz es en verdad la balanza de la historia: sólo podemos comprenderla y aceptarla meditando y amando al Crucificado. San Juan escribía: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10); y también san Pablo afirmaba: «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rm 5, 8).

En su plan de salvación y santificación, Dios no sigue nuestros caminos: pasa a través de la cruz para llegar a la glorificación, invitándonos así a la paciencia y a la confianza.

Queridos hermanos y hermanas, aprendamos del Viernes Santo a acompañar a Jesús en su camino de dolor con humildad, confianza y abandono a la voluntad de Dios, encontrando aliento y confortación en medio de las tribulaciones de la vida, en la cruz de Cristo.

4. El Triduo pascual se concluye con el resplandeciente misterio *glorioso* de la *resurrección de Cristo*. Él había predicho: *Al tercer día resucitaré*.

Es la victoria definitiva de la vida sobre la muerte. Después de su resurrección, Jesús se aparecerá a María Magdalena, a las mujeres piadosas, a los Apóstoles y, luego, a los discípulos, y les mostrará en su cuerpo los signos de la crucifixión. Les permitirá tocar su persona; comerá con los Apóstoles, haciéndoles experimentar la novedad prodigiosa de su cuerpo glorificado.

La Resurrección es para los creyentes la garantía final y decisiva de la divinidad de Cristo, en virtud de la cual están llamados a creer con certeza y seguridad absolutas en su palabra.

En el silencio arcano del Sábado Santo, mientras nos preparamos a la Vigilia pascual, en la que se conmemorará irrupción de la luz de la salvación en medio de las tinieblas, el espíritu contempla las maravillas de Dios, *magnalia Dei*, que culminan en la solemnidad de la Pascua, centro y eje de la vida del pueblo cristiano.

Amadísimos hermanos y hermanas, María santísima, que estaba en pie al lado de la cruz mientras Jesús agonizaba y moría dolorosa pero también serena y segura, nos acompañe en la meditación durante los días del Triduo pascual y nos lleve a experimentar la alegría renovadora de la Pascua.

Os imparto a todos mi bendición, con mis mejores deseos.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Saludo ahora muy cordialmente a todos los peregrinos y visitantes de lengua española.

En particular, a los numerosos grupos de chicos y chicas, alumnos de Colegios e Institutos aquí presentes, junto con sus profesores. Que vuestra visita a Roma, centro de la catolicidad, os confirme en vuestra fe y os dé fuerzas para dar testimonio de ella en vuestros ambientes de estudio y trabajo, entre vuestros amigos y familias.

A todas las personas y grupos procedentes de los diversos países de América Latina y de España imparto con afecto la bendición apostólica.